

## EL HOMBRE Y SU PERDIDA ACTUAL DEL SENTIDO DE SU SITUACION Y DE SU FIN SUPREMO

El hombre debe ser considerado en su unidad y totalidad, según el plan providencial de Dios.

*«Es el hombre, pues, pero el hombre en su unidad y totalidad, cuerpo y alma, corazón y conciencia, entendimiento y voluntad» (n.º 3), quien debe ser el quicio y el centro de vuestro interés y de vuestra actividad, que guía al alumno desde sus más tiernos años y lo ayuda a alcanzar aquella maduración completa que lo hace apto para ocupar su lugar, con plena conciencia, en la sociedad y en la Iglesia, según el plan providencial de Dios.»*

PAULO VI: Discurso al IX Congreso Nacional de la Asociación Italiana de Maestros Católicos (4 de noviembre de 1968; texto italiano en *L'Osservatore Romano* del 4-5 de noviembre; texto en castellano: *Ecclesia* núm. 1.416, sábado 16 de noviembre de 1968).

El estudio de Santo Tomás de Aquino continúa siendo guía segura en el estudio del hombre como unidad de alma y cuerpo.

*«Es afirmar que el hombre no es exclusivamente materia ni espíritu, sino que lo componen el cuerpo y el alma, como dice San Agustín: «en la unidad de la persona el alma se une al cuerpo para que exista el hombre» (Carta 137, M. L., 33, 529). De esta afirmación, vosotros lo sabéis queridos hijos y señores, brotan muchos interrogantes, a los cuales os corresponde contestar, según todos los recursos de vuestra ciencia, de una forma apropiada, a la formulación de problemas eternos por las generaciones de hoy. En este estudio, el Aquinate, continúa siendo siempre para vosotros un guía seguro, por la agudeza, el dominio y la precisión con que ha estudiado los problemas planteados por esta unión misteriosa: cuáles son las relaciones de los dos principios, de dónde viene la unidad del compuesto, cómo depende el cuerpo del alma, cómo puede el alma subsistir sin el cuerpo en el tiempo que transcurre entre la muerte y la resurrección.»*

PAULO VI: Alocución a los Filósofos participantes en el Congreso Mundial tomista del 13 de septiembre de 1970; texto francés en *L'Osservatore Romano* del 13; texto en castellano: *Ecclesia* núm. 1.510 del 26 de septiembre).

## Hay naturaleza humana y no sólo condición humana en la historia.

«Otro tema, entre los más actuales y más graves, de los que han ocupado con toda justicia vuestra atención, es la relación del hombre con la historia pasada y presente de los hombres. Si no se puede negar que el hombre actual padece en sus ideas, sus gustos y sus necesidades, la influencia de un largo pasado, y si él está, en cierta medida, modelado también por la historia, ¿se deduce que cada situación histórica lo condiciona hasta el punto de que allí no había, propiamente hablando, una naturaleza, sino solamente una condición humana? Por el hecho de que el hombre individual sería el lugar geométrico del crecimiento de un cierto número de cromosomas, de la interferencia de las relaciones de producción, de las influencias conjugadas de una educación, de un ambiente social y de estructuras lingüísticas determinadas, ¿sería necesario deducir de ello que el hombre no sería ya el hombre, sino el producto incierto de una historia, de una geografía económica y política, de una familia y de una sociedad cultural? En suma, el hombre se habría perdido en el dédalo de las ciencias humanas convertidas en el origen de un neopositivismo, pues es realmente verdadero que «los filósofos que anuncian hoy día la muerte del hombre se protegen con gusto bajo la ciencia» (M. Dufrenne, *Pour l'homme*, Paris, Seuil, 1968, p. 201).

«El humanista de ayer afirmaba con Pascal: «El hombre supera infinitamente al hombre» (Pensées, Ed. Brunschwig, número 434). El cristiano de hoy, rebusando ceder al vértigo de la nada, tanto como a la tentación prometéica, tan próximos, en definitiva, el uno de la otra, afirma que el ser humano supera los avatares de la existencia, y que una cierta idea del hombre trasciende todos los análisis científicos. Desde que Dios se manifestó a Abraham, y el diálogo roto por el pecado de Adán se ha reanudado entre la criatura y su Creador, el humanismo judeo-cristiano no ha cesado de afirmar la eminente y singular dignidad de toda persona humana, creada a imagen de Dios, en el amor y la libertad: todos los progresos de la ciencia no destruirán jamás esta afirmación primera y fundamental sobre el origen, la naturaleza y el destino del hombre creado por Dios, renovado en Cristo, destinado a ingresar para toda la eternidad en la familia de los hijos de Dios; más todavía, en la intimidad del mismo Dios.»

PAULO VI: Alocución a los Filósofos participantes en el Congreso Mundial tomista del 13 de septiembre de 1970; texto francés en *L'Osservatore Romano* del 13; texto en castellano: *Ecclesia* núm. 1.510 del 26 de septiembre).

## Bivalencia del hombre de hoy, lacerado por su propia limitación.

«Este hombre, jamás como hoy, ha conocido, embriagándose de ella, su grandeza, su poder, su intrepidez, lanzado a la conquista de lo que, en todos los campos, hace solamente pocos decenios le parecía limitado por barreras insalvables; El, por otra parte, jamás como hoy, está terriblemente lacerado por las crisis propias, por la propia limitación y, como dicen, por la propia incapacidad de comunicarse con los demás, como igualmente por las propias incongruencias interiores que se traducen al exterior en los desequilibrios estridentes, de los que se ve hoy afectada una parte importante de la humanidad.»

PAULO VI: Alocución al movimiento «Renacimiento cristiano», de Italia, del 2 de mayo de 1970; texto italiano en *L'Osservatore Romano* del 2-3 de mayo; texto en castellano: *Ecclesia* número 1.493 del 30 de mayo).

## El dominio del cosmos por el hombre y el deber que el hombre tiene de dominarse a sí mismo.

«Divisado desde el cosmos como un punto imperceptible, el hombre lo domina con el pensamiento. Y, ¿quién es el hombre? ¿Quiénes somos nosotros, capaces de tanto? . . . . .»

«En la embriaguez de este día extraordinario, verdadero triunfo de los ingenios producidos por el hombre, para el dominio del cosmos, no debemos olvidar la necesidad y el deber que el hombre tiene de dominarse a sí mismo.»

PAULO VI: Alocución a los fieles en el *Angelus* del domingo 20 de julio de 1969 (texto en italiano e inglés en *L'Osservatore Romano* del 21-22; y texto en castellano: *Ecclesia* núm. 1.451 del 2 de agosto).

## Degradación de la dignidad del hombre en la vida moderna.

«Distraídos como estamos, presuntuosos de nuestra experiencia, a menudo reducida a un superficial contacto empírico con el mundo exterior; confiados, a veces ciegamente, en el lenguaje científico que nos instruye y nos encanta, creemos conocernos ya perfectamente, mientras que la antigua, pero siempre indispensable cuestión delfica y socrática, «conócete a ti mismo», no nos da paz, si de verdad

"queremos dar una respuesta satisfactoria a la necesidad de un adecuado conocimiento de nosotros mismos. El hombre permanece miope, y muy a menudo ciego sobre lo que él mismo es. Incluso porque un formidable error de método vicia las antropologías modernas, que presumen dar con sus solas luces propias una definición del hombre, completa y resolutoria; el error es éste: el hombre, lo sabemos todos, es un ser extremadamente complicado; y hay que circunscribir aquí el estudio y la noción del hombre a un particular aspecto de este ser que somos nosotros, ignorado y a menudo negando los otros. El hombre es cuerpo; y, entonces, no habrá quien no vea en el hombre que su semejanza con el animal y con la materia y sus leyes forman parte del hombre. El hombre es espíritu: muchos sabios detendrán su observación en esta sublime realidad humana para concluir en un idealismo exclusivista e idólatra del pensamiento del hombre. El hombre es sentido; y, entonces, se dirá que sólo en el reino de los sentidos se explica la verdadera vida del hombre. El hombre es un ser social; y así, a la consideración sociológica se pretenderá atribuir la única o también la primera clave de solución de las cuestiones de la existencia humana. Y así podíamos seguir diciendo.

"Pero esta exaltación del hombre la ha proclamado el Concilio, como desde siempre la Iglesia, en virtud de un principio supremo e inalienable, el de la relación del hombre con Dios. Podemos recordar la famosa y bellísima sentencia de San Ireneo (un padre de la Iglesia de finales del siglo II): «Gloria de Dios es el hombre vivo» («Adv. Haer.» IV, 20, 7; «P. G.», 7, 1.037). Dios busca su gloria externa, su irradiación luminosa en el universo, en la vida del hombre. Quien niega a Dios apaga la luz sobre el rostro humano; es decir, niega al hombre en sus supremas prerrogativas.

"¡Dignidad del hombre! No pretendemos ahora extendernos sobre este amplísimo tema. Ello nos llevaría a deplorar amargamente las ofensas, hoy crecientes, con que tantas formas críticas de la vida moderna degradan la dignidad del hombre, especialmente con la moda desvergonzada, con el espectáculo frívolo o pasional, con la inmoralidad de las costumbres, con la pornografía páfidamente difundida, con la anestesia de la conciencia moral en provecho de la conciencia sensual, con la deformación provocante de la misma sana y prudente educación sexual. Son admitidas y fomentadas licenciosas experiencias como si fuesen conquistas liberadoras; ¿liberadoras de qué? De la conciencia del bien y del mal, del respeto a la persona humana, de la estima por los valores más verdaderos y más preciosos que conservan y embellecen el equilibrio entre el espíritu y la carne,

"con el pudor, con la inocencia, con el dominio de sí mismo, con la elección consciente y generosa de la verdad del amor y de sus altísimas y humanísimas finalidades.»

PAULO VI: Alocución en la audiencia general del 28 de julio de 1971; traducción de *Ecclesia* núm. 1.553 del 7 de agosto.

### El culto a la propia persona en el hombre moderno que no admite la penitencia.

«Parece abolido el concepto de penitencia, sustituido por una mentalidad totalmente contraria, es decir, la del culto de la propia persona física y social, y que va desde el cuidado escrupuloso, y siempre recomendable, de la higiene sanitaria y de la buena salud corporal, hasta la preocupación de evitar toda molestia, todo límite innocuo al propio bienestar, hasta llegar al hedonismo de las costumbres y del pensamiento, y a sus deplorables excesos de la diversión desenfrenada, mundana y libertina e incluso de la droga excitante y mortal. El hombre moderno, según parece, no quiere en modo alguno oír hablar de penitencia, como si fuera algo irracional e inadmisibile, triste recuerdo de tiempos oscuros e inhumanos; él organiza toda su vida bajo la fórmula de pasarlo bien; la concepción cristiana de la vida nada tiene que oponer a ello, si la caridad que todo lo inspira, la hace solidaria y promotora, especialmente cuando se trata de procurar a quien se encuentra en la penuria y en la necesidad de los bienes necesarios para la salud física, el legítimo bienestar humano, la verdadera dignidad de la vida.

"Pero esta severa palabra «penitencia» no puede ser suprimida en el discurso programático cristiano, sino que se considera necesaria. Dice y repite, en efecto, el Señor, comentando un hecho sangriento, y las víctimas del hundimiento de la torre de Siloe: «Si vosotros no hacéis penitencia, todos pereceréis igualmente» (Lc., 13, 1-15). Así, también, el anuncio del Reino de Dios, que constituye el pórtico del Evangelio, se hace bajo el signo de la penitencia. Así, Juan, el precursor (Mt., 1, 4); así, también Jesús: «Haced penitencia y creed en el Evangelio» (Mc., 1, 15), y así la primera predicación apostólica, por boca de Pedro, el día de Pentecostés, tiene por tema la penitencia: «Haced penitencia y después que cada uno de vosotros sea bautizado ...» (Hechos, 2, 38; cfr. 3, 19).»

PAULO VI: Alocución en la Estación Cuaresmal de Santa Sabina del 26 de febrero de 1971; traducción de *Ecclesia*.

## El desprecio al pecado consecuencia de la idolatría del humanismo contemporáneo.

«El pecado: hoy es una palabra desfasada; la mentalidad de nuestra época rebuñe no solamente considerar el pecado por lo que es, sino incluso hasta hablar de él. Esta palabra parece fuera de uso, casi un término inconveniente, de mal gusto. Y se comprende la causa. La noción del pecado implica otras dos realidades de las que el hombre moderno no desea ocuparse: una realidad trascendente, absoluta, viviente, omnipresente, misteriosa, pero innegable, que es Dios; Dios creador que nos llama sus criaturas.

«La idolatría del humanismo contemporáneo, que niega o desprecia esta nueva relación con Dios, niega o desprecia la existencia del pecado, de lo que se deriva una ética loca: Loca de optimismo, que aspira a hacer todo lícito, lo que gusta y lo que es útil; y loca de pesimismo, que quita a la vida el sentido profundo, que procede de la distinción trascendente del bien y del mal, y la desanima con con una visión final de angustiosa y desesperada fatuidad.

«El cristianismo, en cambio, que tanto agudiza la sensibilidad del pecado, escuchando la lección insuperable del Divino Maestro (cfr. el Discurso de la Montaña), se aprovecha de él para iniciar al hombre en el sentido de la perfección y lo consuela con el don de la energía espiritual, la gracia, que lo hace capaz de aspirar a ella y de conseguirla. Pero, sobre todo, pone en práctica su inagotable prodigio del perdón de Dios, es decir, de la remisión de los pecados, la cual supone la Resurrección del alma para participar en la vida y en el amor del Reino de Dios.»

PAULO VI: Alocución en la audiencia general del 8 de marzo de 1972 (O. R., 9-III-72, original italiano; traducción de *Ecclesia* núm. 1.584 del 18 de marzo).

## La conciencia del hombre y sus narcóticos actuales.

«Por conciencia se entiende el conocimiento que uno tiene de sí mismo (cfr. S. Th. I, 79, 13); es un acto reflejo que puede contentarse con una sencilla reflexión sobre una circunstancia cualquiera de la propia vida, un acto de memoria, un sentido del estado de la propia salvación, o más propiamente, una exploración psíquica en torno a los propios sentimientos; pero más exactamente llamamos conciencia al sentido, o mejor al juicio que uno, con frecuencia espontáneamente, da de sí mismo en orden al propio modo de hacer: Al bien (la buena conciencia), o al mal (la mala conciencia).

"Juicio éste que, de por sí, se refiere al orden que debe presidir  
"nuestra conducta, al empleo de nuestra libertad, al cumplimiento de  
"nuestro deber, a la orientación y al estado de nuestra vida, principal-  
"mente respecto a Dios. Entendimiento y voluntad en el acto de con-  
"ciencia moral, se sienten simultáneamente comprometidos a recibir a  
"todo hombre tal como es el contraste intuitivo (por vía de *sindéresis*),  
"con la propia forma ideal, con su imagen perfecta, que es la imagen  
"de la semejanza con Dios. Y es fácil que este contraste sea negativo,  
"es decir, acusados de una deformidad que se hace fastidiosa y algunas  
"veces intolerable: Es el *remordimiento*.

"¿Recordáis cómo está grabado en la parábola del Hijo Pródigo  
"el proceso psicológico y moral de la conciencia? Dice el Divino  
"Maestro sobre el protagonista de aquella historia simbólica: «in se  
"reversus», vuelto en sí (Lucas, 15,17). He aquí el renacimiento de  
"la conciencia, he aquí el comienzo de la salvación. Vuelto en sí. Lo  
"que significa que aquel infeliz hijo, a pesar de vivir en la intensidad  
"de sus años jóvenes, de sus pasiones, de sus placeres, estaba «fuera  
"de sí». Es decir, su conciencia no estaba en disposición de atención  
"y de verdad. Prestemos atención también nosotros: Hoy se habla  
"mucho de conciencia, y se aplica esta refinada y humanísima palabra  
"a todo orden de cosas presentes en nuestro espíritu; debemos decir  
"más bien que del término «conciencia» se abusa con excesiva frecuen-  
"cia. Sobre todo para aplicarlo a significados que rechazan su signifi-  
"cado más alto y específico.

"¡Cuántos narcóticos, por ejemplo, están de moda para dormitar  
"o para alterar la «digna y recta conciencia» (Purg. 3,8), de la que  
"cabría estar guiada siempre una persona honesta! ¡Cuánta propa-  
"ganda se hace hoy para difundir no la conciencia, sino la inconscien-  
"cia para contemporizar con teorías unilaterales sobre el libre albedrío,  
"o sobre la reivindicación así llamada de la autonomía del hombre  
"moderno, la acción sustraída a toda regla moral!

"Muy frecuentemente se da a la conciencia un valor puramente  
"psicológico, que encuentra hoy en el psicoanálisis y en la psicoterapia  
"correspondiente gran confianza y gran expansión, impulsando a las  
"profundidades inconscientes biofisiológicas de los instintos sus inves-  
"tigaciones sutiles.

"Pero, por muy interesantes e incluso útiles que puedan ser estas  
"exploraciones de nuestra vida instintiva y emotiva, al fin no pueden  
"eludir, ni suprimir en el corazón del hombre la actitud natural para  
"actuar según la inextinguible norma moral, violada o reprimida, cual  
"se manifiesta en la conciencia, en aquella peculiar reacción, que lla-  
"maremos *remordimiento*. El *remordimiento* es la revancha de la con-  
"ciencia moral; y puede dirigirse, como la experiencia vivida y litera-

*"ria nos enseña, hacia las expresiones negativas del espíritu, como "la angustia o la desesperación (recordad el fin trágico de Judas. "Mat. 27, 3-5); o bien, hacia las positivas (recordad el llanto regenerador del amor de Pedro, Mt. 26,75; Jn, 21, 15-17).»*

PAULO VI: Alocución en la audiencia general del 15 de marzo de 1972 (O. R., 16-III-72, original italiano; traducción de *Ecclesia* núm. 1.585 del 25 de marzo y 1 de abril).

**El fundamental desequilibrio de la mentalidad actual consiste en no pensar en nuestra vida futura, ulterior a nuestra muerte corporal.**

*«¿Podremos decir nosotros, como algunos, que esta enseñanza "apocalíptica, escatológica sobre el más allá es un puro lenguaje simbólico para hacernos comprender la novedad de la doctrina evangélica, ya predicada y consumada por Cristo durante su vida temporal? "¿O podemos creer, con otros, que solamente en este mundo escatológico se realiza objetivamente nuestra salvación? Dos modos de pensar, uno de la realidad futura, el otro de la realidad presente sobre la "economía de la salvación, que no tienen en cuenta nuestra doctrina "de la fe, y pueden producir desequilibrios fatales en la interpretación y en la aplicación del cristianismo auténtico.*

*"Y el desequilibrio primero y más común es el de no pensar, y "frecuentemente de no creer, en nuestra vida futura, en la que sigue "después de nuestra muerte corporal. La vida presente sería entonces "la única que nos ha sido dado gozar y sufrir. La reducción radical "de nuestra existencia actual dentro de los límites del tiempo, como "nos enseña a hacer el secularismo hoy de moda, en la práctica, llega "a negar la inmortalidad del alma, a insinuar la indiferencia sobre "nuestro destino futuro, a afirmar la exclusiva importancia del tiempo presente, del instante que pasa.*

*"Concluye aceptando, si es que acepta, del Evangelio lo que sirve "inmediata y temporalmente para los intereses terrenos de la humanidad, y permitiendo, finalmente, que la duda y el desaliento apaguen la verdadera esperanza, la «verdadera luz que ilumina a todo "hombre que viene a este mundo» (Jn., 1, 9). El discurso sobre el "paraíso y sobre el infierno no se escucha. ¿En qué se convierte, o "en qué se puede convertir el escenario del mundo sin esta conciencia "de una relación obligada a una justicia trascendente e inexorable? " (cfr. Mt., 25). ¿Y cuál puede ser el destino fatal, existencial, personal de cada uno de nosotros, si Cristo, hermano, maestro y pastor*



*"de nuestros días mortales se erige de verdad en juez implacable en  
"el umbral del día inmortal?"*

PAULO VI: Alocución en la audiencia general  
del miércoles 28 de abril de 1971 (traducción de  
Ecclesia núm. 1.540 del 8 de mayo).

**El hombre, contra su filosofía del hedonismo, tiene necesidad  
de penitencia.**

*«Nos sentimos inclinados con todo nuestro interés y con todo nues-  
"tro esfuerzo a eliminar de nuestra vida todo lo que nos produce su-  
"frimiento, dolor, fastidio, incomodidades; estamos orientados hacia  
"una continua búsqueda de la comodidad, el gozo, la diversión; que-  
"remos estar rodeados de bienestar, del «confort», una buena salud,  
"fortuna; hacemos todo lo posible para deducir esfuerzo y fatiga; en  
"el fondo, somos personas que queremos gozar de la vida: una buena  
"comida, una buena cama, un buen paseo, un buen espectáculo, un  
"buen sueldo ...: he aquí el ideal. El hedonismo es la filosofía común,  
"el sueño de la existencia para muchos de nuestros contemporáneos.  
"Desearíamos que todo en nuestro derredor fuese fácil, suave, higiéni-  
"co, racional, perfecto. ¿Para qué la penitencia? ¿Existe acaso nece-  
"sidad de entristecer el alma con semejante pensamiento? ¿De dónde  
"viene una invitación tan desagradable? ¿No es acaso una ofensa a  
"nuestro concepto moderno del hombre?»*

*"Este monólogo apologetico del «confort», como expresión del  
"modo ideal de pasar los años de nuestra vida, podría continuar más  
"aún, y documentarse con óptimos razonamientos y expresiones; me-  
"jores todavía, pero en un determinado momento, debe detenerse ante  
"objecciones no menos válidas. ¿Queremos que nuestra vida sea pere-  
"zosa, mediocre, ociosa y cobarde, y sin la paciencia y el esfuerzo de  
"grandes virtudes? ¿Dónde está el espíritu de lucha, dónde el heroís-  
"mo, que da al hombre su verdadera y máxima estatura? ¿Dónde el  
"dominio de la propia pereza y de la vileza innata? Y, además, ¿cómo  
"armar el espíritu frente a los sufrimientos y a las desventuras, que  
"no nos aborran la vida? ¿Y cómo dar al amor su verdadera y más  
"alta medida, que es el don de sí mismo, el sacrificio? ¿Y no puede  
"el sacrificio, esta actitud, por sí antinatural, clarificarse en el libro  
"grande de la penitencia?»*

*"Y más todavía: ¿Puede un cristiano escapar a la ley de la pe-  
"nitencia? Cristo habla claro: «Si no hiciereis penitencia, todos vos-  
"otros pereceréis» (Lc., 13, 5). Es decir: ¿la necesidad, el deber  
"de la penitencia no nacen acaso de necesidades intrínsecas a nuestro  
"ser de hombres caídos? Porque somos así; llevamos en nosotros una  
"enfermedad atávica, o sea, las consecuencias del pecado original, las*

"cuales, en gran parte, permanecen incluso después del bautismo; so-  
"mos seres necesitados de vigilancia moral, de reparación, de expiación,  
"es decir, de penitencia. Si a este crónico y común desarreglo de nues-  
"tro organismo psicomoral se han añadido otras deficiencias y otras  
"ruinas, es decir, los pecados personales, actuales, como los llaman los  
"maestros de moral, esta obligación de restaurarnos en el orden de  
"Dios, con la conciencia e igualmente con la comunidad de los her-  
"manos (sobre la cual inciden, quiérase o no, nuestras culpas perso-  
"nales), se hace más grave y más urgente y, por desgracia, con mucha  
"frecuencia, necesaria: el precepto de la penitencia, pues, con nuevas  
"razones, se impone inexorablemente.

PAULO VI: Alocución en la audiencia general del 1 de marzo de 1972 (O. R. de 2-III-72, original italiano; traducción de *Ecclesia* núm. 1.583 del 11 de marzo).

El hombre moderno que vive extrovertido se halla muy condicionado hacia el exterior, al ambiente, a la opinión pública, a los intereses temporales, a la moda, en su libertad de orientación racional, moral y vital, con lo que se sofocan las exigencias superiores y su inclinación al mundo religioso.

«Ahora bien, esta invitación a la vida interior y a la búsqueda y  
"a la manifestación de la verdad religiosa, en la celebración de la  
"Pascua, se dirige al hombre moderno de modo particular; y nos da  
"la razón tanto de por qué el hombre de nuestros días es fácilmente  
"arreligioso o antirreligioso; o bien por qué él, el hombre contempo-  
"ráneo, se haga religioso, se comporte y se manifieste como tal gus-  
"tosamente. Hoy el hombre vive la mayor parte del tiempo fuera de  
"sí; queremos decir extrovertido; incluso cuando hace profesión de  
"libertad, ordinariamente está muy condicionado respecto al exterior.  
"Si es libre aquel que es principio de sus actos (causa sui, como dicen  
"los filósofos —cfr. S. Th., I, 83, 1 a 3; Metaf., II, 9; contra G.,  
"II, 48), podemos preguntarnos si somos libres, es decir, dueños de  
"nosotros mismos, cuando el ambiente, los lazos sociales, la opinión  
"pública, los intereses temporales, la moda, el lenguaje de los senti-  
"dos, nos obligan a vivir prescindiendo de un juicio de verdad o de  
"elección emitido por nuestro espíritu. No es la religión la que sofo-  
"ca la libertad; es más bien la falta de libertad la que sofoca la re-  
"ligión, es decir, impide aquella orientación racional, moral y vital,  
"que, en sus exigencias superiores y naturales, inclinaría al mundo  
"religioso.»

PAULO VI: Alocución en la audiencia general del 22 de marzo de 1972 (O. R., 23-III-72, original italiano; traducción de *Ecclesia* núm. 1.586 del 8 de abril).